

## El anhelo de trascendencia

Narbona, R. (2020). *Peregrinos del absoluto*. Madrid: Taugenit, 204 páginas.

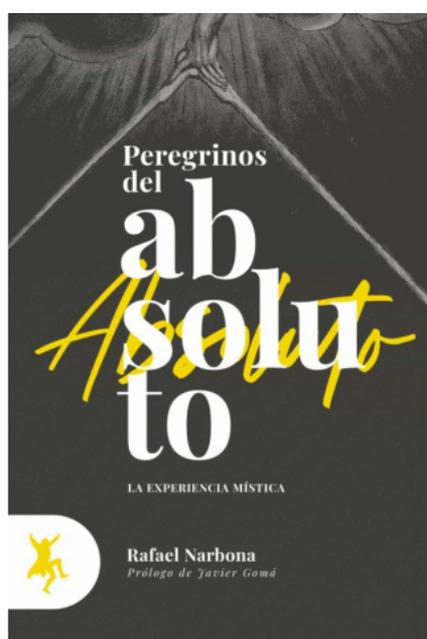
**Julián Arroyo Pomeda.** Instituto de Educación Secundaria “Alameda de Osuna”, (Madrid)

[julianarroyo@yahoo.es](mailto:julianarroyo@yahoo.es)

Aclaro para empezar que yo no me considero peregrino, ni hice nunca ninguna peregrinación. En cuanto al absoluto, es un tema sobre el que mantengo un sano escepticismo. Que seamos frágiles y contingentes tampoco me ofrece duda, pero al mismo tiempo y, quizás, por ello, que anhelemos la trascendencia, sí. Esto viene originado por el tipo de educación recibida y el contexto cultural al que se pertenece. La prueba es que nuestra relación con el absoluto es *de distancia infinita*, como escribe Gomá en el Prologó, breve y condensado. Hay estados del espíritu que pueden provocar encuentros inesperados, que luego se comunican literariamente. Esta ha sido la forma tradicional de narrar tales experiencias.

El anhelo anterior es la “llama mística”, como la califica Narbona, que pone buen cuidado en alertar que aquí no hay certezas ni evidencias, porque no interviene la razón, sino que sucede en la “noche oscura”. De este modo procede la llama mística.

Los elegidos para la exposición son doce escritores, empezando por Teresa de Jesús y concluyendo en Thomas Melton, a todos los cuales ha puesto titulares clarificadores. Teresa es la “mística de la felicidad”. Narbona describe su vida con una prosa limpia, sencilla y austera, que consigue meterse en su propia alma, porque eso es, en palabras de Unamuno, tan vasco él, tan admirador, tan suyo y exacerbado. “Vale”, escribe, “por cualquier instituto, por cualquier *Crítica de la razón pura* (página 42). Puede entenderse, porque, si la *Crítica* cambió radicalmente el rumbo de la



filosofía moderna, la mística Teresa de Jesús con su experiencia renovó espiritualmente su época, orientándola hacia otra perspectiva que renovó los conventos carmelitas para el futuro.

Al lado de Teresa solo puede estar Juan de la Cruz, o la “mística del desamparo”. Concentrado, acogedor y fraternal nos ha dejado poemas divinos, dignos de figurar en la literatura universal.

Blas Pascal representa la “mística del corazón”, que tiene sus razones que no entiende la propia razón (hay que corregir la cita), porque solo él puede sentir a Dios, mediante la fe, que proporciona absoluta certeza, dice este matemático, que no cree en el Dios de los filósofos ni de los sabios. La fe es una experiencia mística. Vamos caminando por el mundo, pero sabemos que la eternidad es nuestro único destino.

William Blake es la “mística de la imaginación” contra los conceptos. No aceptaba la mentalidad científica y racional que destruye lo espiritual e imaginativo. Las iglesias ahogan la imaginación con sus dogmas. Los cristianos no son otra cosa que poetas, músicos, pintores y arquitectos. Todas estas figuras cultivan la imaginación. Su vida está traspasada por experiencias místicas. Dios no es un principio extracto, sino que vive en nuestra imaginación. Nuestros cuerpos son eternos e imaginativos.

Kierkegaard es la “mística de la libertad”. La angustia es fecunda y lo universal se capta en la experiencia viva. El existencialismo frente al racionalismo. Su pensamiento es individual y de una subjetividad singular que busca encontrar la libertad, que es un misterio. Crisis y ataques de los adversarios, graves enfermedades y la imposibilidad de conciliar fe y razón le llevan a una visión trágica del cristianismo. El institucional se ha desviado, por lo que es preciso volver a las catacumbas y recobrar la santidad original. Sólo Cristo nos puede sacar de la desesperación y llevarlos al infinito.

Unamuno es la “mística de la duda”, siempre en lucha entre la razón y la fe. Crítico y escéptico de la religión establecida es el exponente de una religión nueva en la que cabe la duda y las incertidumbres en busca de la verdad, oliendo a tragedia. La razón no penetra en la fe, sólo la poesía puede aproximar al misterio, a lo absoluto. Es un pensador libre, inconformista y sincero.

En Rilke ve Narbona la “mística de la noche”. Se encuentra con el misterio a través de su conciencia poética. Fue muy devoto de la virgen María, que concibe como corredentora y madre cósmica. El Dios verdadero está por venir.

En Bataille percibe Narbona la transgresión necesaria para superar los límites. Las religiones son un espectáculo de multitudes, que impiden acercarse al Ser, mientras que el erotismo es una experiencia sagrada, en la que la persona se disuelve en la permanencia de la vida. Así la persona puede extraviarse en él no ser y destruirse.

S. Weill es la “mística del *amor fati*”. Weil tiene experiencia de lo trascendente. Sin ser creyente, se acerca al dios cristiano, que concibe como anonadamiento en el transcurso de su vida por el mundo. La Cruz simboliza el fracaso y desamparo mediante lo que Dios se identifica con la fragilidad humana. Weil cuestiona los dogmas. Sólo el *amor fati* es el embrión del cristianismo. Se considera tomado por Dios y solidarizado con los más vulnerables.

Cioran es la “mística de la nada”. Deseaba morir para que desaparecieran al mismo tiempo todas sus vivencias y recuerdos, sumergiéndose de este modo en la nada. Existir es un accidente. Conocer no acerca a la sabiduría, aunque los filósofos se extasían ante la razón. Escribe para calmar a sus demonios. No cree en Dios, pero simpatiza con santos y místicos, que se orientan a la eternidad. La gloria en París es la nada. Buscó el absoluto, pero solo alcanzó el desengaño.

Hillesum es vista como la mística de la alegría. La salvó su escritura. Su mística es propia y muy personal, sin apoyo de ninguna religión. Se extasía ante la belleza del mundo, que le conduce a vivir a Dios en aromas de eternidad. Todo esto le sucede en medio de la persecución nazi, que trata de eliminar al pueblo judío. Supo expandir alegría, consuelo y ayuda en una Soah que produjo su muerte, junto con su familia. Resulta verdaderamente admirable.

Merton es la “mística de rostro”. En su juventud practicó todos los excesos hasta su encuentro con María, que le transformó. El desierto en el que vivió le abrió al mundo. La mística consiste en abandonarse en Dios y contemplar el rostro de Cristo y de María.

Hay que ser muy valiente para atreverse a escribir un libro como este. Es necesario partir de convicciones propias muy asentadas. No se hace desde un modo teórico, sino desde experiencias sentidas y vividas. El autor se esfuerza por explicarse mediante una prosa clara y comprensible, pero **su contenido es muy complejo y nada fácil de leer. Se necesita esfuerzo y dedicación, porque quintaesencia lo fundamental de cada autor**, guiado por una calificación que puede concentrar su pensamiento. Tanta

es su esencialidad que ha adelgazado el libro de citas. Aquí no aparece ninguna, aunque se apoye en autores que conocen bien el esquema. La mente de Narbona es muy amplia y comprensiva. Coincide con Martín Velasco, quizás el mayor conocedor de la fenomenología de la religión entre nosotros, con que “el encuentro con Dios puede producirse en todas las circunstancias”. **Define la mística como una experiencia de lo absoluto.** Se da en la religión, en la poesía con la música. Experimentar la vida como una experiencia inagotable eso es ser místico. Consiste en **anhelar llegar al absoluto mediante el deseo de trascendencia que caracteriza a los seres humanos.** ¿Es verdad que nos sucede tal anhelo? Este es el problema.

Hay humanos que no lo perciben de este modo, y se cuestionan tales experiencias, ni tan siquiera en las situaciones límites (las *Greensituation* de Jaspers), que hacen posible el contacto con la trascendencia, pero todo depende de cada singularidad que vea el claro del bosque o esté ciego para esto. En cualquier caso, recomiendo leer este trabajo en el que se encuentra mucha de la sabiduría que su autor ha ido derivando a lo largo de su existencia.